

LA INVENCIÓN DE UN CLÁSICO: LOS *RECUERDOS DEL PASADO* DE
PÉREZ ROSALES

*THE INVENTION OF A CLASSIC: PÉREZ ROSALES' RECUERDOS DEL
PASADO*

Rafael Sagredo Baeza
Pontificia Universidad Católica de Chile
Sala Medina. Biblioteca Nacional
rsagredo@uc.cl

RESUMEN

El texto explica el origen del los *Recuerdos del pasado* y el proceso de transformación del libro en un clásico de las letras nacionales, señalando los antecedentes, promotores y significados que se le atribuyeron a la obra para proyectarla como ícono de la nacionalidad y a su autor como ejemplo de chilenidad. Estatus que garantiza su trascendencia histórica, independiente de su valor como literatura o su veracidad como fuente histórica.

PALABRAS CLAVE: Pérez Rosales, memorias, literatura chilena, nación.

ABSTRACT

The article explains the origin of *Recuerdos del Pasado* and the transformation process the book went through to become a classic of Chilean national literature. The article describes the context, and identifies the promoters that participated in this process, at the same time that points out the meanings attributed to *Recuerdos del Pasado* that helped in transforming the book and its author into icons of Chilean national identity. This condition secured the book's historical significance, independent from its value as literature or its accuracy as a historical source.

KEY WORDS: *Pérez Rosales, Memoirs, Chilean literature, Nation.*

Recibido: 26 de marzo de 2013 Aceptado: 7 de mayo de 2013

UNA VIDA Y UNA OBRA

Nacido en 1807, Vicente Pérez Rosales vivió hasta 1886, 79 años que más que duplicaron los 30 años de expectativa de vida promedio de los habitantes de Chile en el siglo XIX. De este modo, el que muchos han considerado el arquetipo del chileno, solo con su longevidad va a contracorriente de la realidad de la gran mayoría de la población del Chile decimonónico. Pero también Pérez Rosales es una excepción cuando se conoce que desde los 11 años comenzó a viajar, permaneciendo desde 1818 en adelante largas temporadas fuera de Chile, Mendoza, Rio de Janeiro, París, California y Hamburgo, además de ser un aventurero y viajero impenitente que en numerosas oportunidades salió y volvió al país, posibilidad que incluso entre los sujetos de su alta condición social fue también una originalidad.

Totalmente acorde con la mayor parte de sus compatriotas fue sin embargo su constante búsqueda, en ocasiones desesperada, por proporcionarse los medios para subsistir, pues desempeñó los oficios, trabajos, actividades y quehaceres más diversos y heterogéneos durante la que llamó “andariega y no siempre afortunada vida”. La cual sin embargo, a partir de la década de 1860 dio un vuelco y lo transformó en un sedentario y respetable integrante de la élite social y política nacional. Viviendo de este modo “dos vidas”, la aventurera y la convencional, cuya frontera tal vez es su matrimonio a edad ya madura. A partir de entonces fue que las vivencias quedaron en disposición de transformarse en memorias.

La etapa azarosa de su existencia, tiene ya sus primeras manifestaciones cuando siendo todavía un niño sufrió las dramáticas alternativas que la guerra de independencia impuso a familias patriotas como la suya, algunos de cuyos integrantes fueron perseguidos y encarcelados, debiendo en algún momento prácticamente todos huir de Chile rumbo a Mendoza. No por nada en sus memorias esta etapa de la vida familiar es referida con cierto detalle y presentada como parte de “la epopeya de nuestra emancipación política”, fundiendo así la situación familiar y personal con la historia de la patria.

En su infancia Vicente fue testigo de luchas políticas y militares en medio del proceso de separación de España, contemporáneo de acontecimientos impactantes como el Desastre de Rancagua, el triunfo patriota en Chacabuco y la derrota de Cancha Rayada; y testigo desconsolado y conmovido de la prisión de parientes, incluida su madre, y del fusilamiento de los hermanos Carrera. Todo, en medio de un clima de permanente expectación, en una época nerviosa, llena de sucesos que fueron apreciados como decisivos por quienes los vivieron, muy poco apropiada para encauzar a un muchacho por la senda del estudio y la constancia; o entusiasmarlo en actividades que muy probablemente se le presentaban como insignificantes o inútiles en el contexto que se vivía entonces.

Concluida la lucha, alcanzada la independencia, vueltos los sujetos a las tareas que les eran propias, el muchacho de 14 años que ya era Vicente Pérez Rosales no

mostró sin embargo signos de tranquilizarse, situación que llevó a su madre, desesperada con su conducta, a aprovechar uno de los tantos incidentes que éste causaba para, junto con advertirle “¡mira Vicente que me tienes cansada!”, entregarlo al capitán de una nave inglesa surta en Valparaíso que se ofreció para hospedarlo y corresponder así a las atenciones que había recibido de la familia. En ésta, en medio de las tareas propias de un navío y con guardiamarinas de su edad, todos esperaban que este “hijo que tan temprano había llegado a agotar el sufrimiento de su misma madre”, pudiera dar rienda suelta a su actividad, ejercitarse, divertirse e, incluso, aprender algo de inglés. En el relato de Pérez Rosales, las alternativas de la determinación que le permitiría continuar su ya agitada existencia, ahora proyectándola más allá del círculo de su familia e incluso del país, pero también en el tiempo, son referidos como la oportunidad que entonces se presentó para librar a su familia “de la mancha que podía echar sobre el apellido Rosales la futura conducta del hijo”.

La referencia al incidente que no cabe duda condicionó el destino de Pérez Rosales, pero sobre todo las palabras con que está relatado, creemos, resultan imprescindibles de considerar para comprender la vida, y por lo tanto el texto, los *Recuerdos del pasado*, que ella hizo posible. Estos recuerdos, a veces memorias, en otras relato o diario de una aventura particular del protagonista, en muchas ocasiones reflexión sobre el carácter de los chilenos, entre muchos otros temas que alguna vez lo entusiasmaron o preocuparon, constituyen un caleidoscopio de las más diversas experiencias. Un conjunto en el que se encontrará de todo un poco, reflejo cabal de la personalidad de su autor, de su intranquila y aventurera naturaleza, de su incapacidad de estarse quieto, de las emociones que siempre buscó y jamás eludió, de su afán no ya sólo por sobrevivir, tal vez también desmentir el sombrío pronóstico que en su adolescencia se llegó a hacer sobre su vida.

A la luz de los juicios que la obra de Pérez Rosales ha merecido, éste sin duda alcanzó el objetivo, inconsciente, de ilustrar su nombre, el de su familia y el del país. Más dudas nos merecen las opiniones sobre sus memorias como la máxima expresión del Chile decimonónico. Si la inconstancia, el vagabundeo, el entregarse a la suerte, la angustia por el futuro, la falta de dominio sobre el propio destino, entre otras características, es lo que define al chileno, sin duda entonces su vida, y las memorias que parcialmente la reflejan, merecen todo lo que se ha dicho y escrito sobre ella. Pues Vicente Pérez Rosales, no por nada llamado el “hombre de los mil oficios”, como expresó otro escritor y ensayista, “jamás fue constante, no siempre fue honrado, y aunque dotado de inmensa energía vital, el trabajo nunca fue en realidad su fuerte”, preguntándose todavía, “¿por qué un hombre como él se aburre en todas partes y no persevera en ninguna?” (Huneus, 722-723).

No llama la atención que en su época, e incluso durante la primera mitad del siglo XX, la obra de Pérez Rosales fuera considerada la máxima expresión de las remembranzas nacionales, incluso de la literatura chilena. Como se argumenta más adelante, hay razones que lo explican. Lo que resulta curioso es que esta apreciación se mantenga hasta

el día de hoy. No sólo cuando el número de memorias y autobiografías de escritores nacionales se ha incrementado notoriamente, habiendo entre ellas algunas de calidad muy superior a los *Recuerdos del pasado*, o cuando nuestra literatura también ofrece obras de mayor mérito que ésta, sobre todo, cuando otros temas y preocupaciones, las propias de cada época, han llamado la atención de nuestra sociedad.

Creemos que la posición de que disfruta Pérez Rosales y su obra se debe a que ella se vinculó desde el momento mismo de su publicación con la nacionalidad, con lo chileno y con la patria, transformándose, por arte de sus promotores, en símbolo de la nación. Y como en Chile cuando se trata de la nación las cosas se naturalizan y dejan de ser creaciones de una época, de un momento, o de una generación, el resultado es que prácticamente es imposible dejar de concebirlas como ícono y representación de lo nacional. De este modo los *Recuerdos del pasado* siguen siendo el clásico indiscutido de nuestra literatura. Su posición, como el escudo, la bandera, la constitución, el orden, la estabilidad, y otras tantas cosas, son apreciadas como una condición de sobrevivencia nacional, sin la cual dejaríamos de ser lo que somos. Un síntoma más de cómo nuestro patrimonio, nuestra historia, nuestra identidad, en ocasiones, se parece más a un fósil que a una expresión de vitalidad¹.

LAS PRIMERAS EDICIONES DE *RECUERDOS DEL PASADO*

Las alternativas de la publicación de la obra ofrecen valiosos antecedentes para explicar su origen, los objetivos explícitos e implícitos que Pérez Rosales tuvo al escribirla y darla a la prensa más de una vez, la evaluación que ella mereció en su tiempo y la fama que desde entonces la ha acompañado.

Es conocido que las memorias de Vicente Pérez Rosales aparecieron como conjunto originalmente en el diario *La Época* de Santiago a partir del 21 de abril de 1882, luego que desde el 15 anterior se las anunciara con el siguiente aviso: “Recuerdos del pasado 1814-1860, por Vicente Pérez Rosales. Próximamente comenzaremos a publicar en estas columnas las memorias autobiográficas del señor Pérez Rosales que abarcan un largo e interesante periodo de nuestra historia y contienen numerosos episodios personales sólo conocidos por algunos amigos del autor”. Reflejándose así, desde el comienzo de su historia como texto, la ambivalencia de su contenido entre memoria y autobiografía, a medio camino entre la historia nacional y la vida personal.

El mismo año, casi inmediatamente de concluida su aparición en el diario capitalino, se publicaron como libro, y por la Imprenta de La Época, acompañadas

¹ Una explicación sobre esta tendencia, tal vez un rasgo de inseguridad, pero también del dominio de quienes imponen los símbolos nacionales, en nuestro trabajo “La independencia de Chile y sus cadenas”.

de un texto de Benjamín Vicuña Mackenna titulado “Una palabra de justicia”, y un “Prólogo a la segunda edición” de Pérez Rosales que, en realidad, es el mismo que encabeza los *Recuerdos* originales aparecidos en *La Época*.

Vicuña Mackenna, en su estilo entusiasta, expansivo y ampuloso, no se ahorra adjetivos en su presentación del libro y de su autor. “Gran novedad”, “casi una revolución”, “verdadera hazaña literaria” y “creación imperecedera” son algunos de los destinados al texto. Pérez Rosales es presentado como un valiente y pionero en medio de un pueblo “reticente” a hablar y a contar sus experiencias. Donde los hombres públicos, agrega el conocido hombre público, “hacen en silencio su carrera hacia la tumba y hacia la cima, al punto de que muchos con solo ser callados han subido al pináculo de la fama y del poder; y de esta manera pasan a la posteridad, si no como genios, como mitos”. Ofreciendo así indicios de las razones del impacto que la obra tuvo en su tiempo.

El contexto, la realidad existente hasta entonces es lo que lleva a Vicuña Mackenna a considerar los *Recuerdos* el “inicio de una nueva era para las letras nacionales”. Inauguración además “gallarda, amena, festiva y eternamente risueña”, obra de “un atrevido innovador que, como Horacio, corrige y enseña”. Un “escritor verdadero, elegante, fluido, ameno, fácil, de buena escuela, libre, sin pretensiones de vanidad ni de sabiduría, y que por lo mismo se hace leer, sostiene el historiador, con el encanto peculiar de los ingenios naturales”. Palabras que hacían prácticamente obligatoria su lectura.

Para Vicuña Mackenna otro mérito de su autor era el haber “escrito un libro criollo y nacional”, y por lo tanto prácticamente eterno. Para justificarse alaba la vida de Pérez Rosales vaciada en el texto, “un género de primera nota”, que la da a “conocer en toda su plenitud juvenil, con la virilidad y gracia de su estilo, la rapidez brillante de su forma, la sencilla amenidad de su relación, junto con la variedad infinita de los cuadros sociales o de aventura que traza desde que, siendo púber, rodó en castigo los mares, hasta que siendo prócer, cogió del ocio la péñola del maestro y dio vida y luz al libro que tenemos a la vista”. El héroe cívico había nacido.

Con semejante introducción, “de justicia” como la tituló Vicuña Mackenna, resultaba innecesario que el autor disculpara una nueva edición de su ponderada obra, lo que explicaría por qué se limitó a reproducir el prólogo que había escrito para la primera versión. En él escribió que habían sido sus amigos los que, “al oírme referir algunos rasgos de mi andariega y no siempre afortunada vida, me han expresado deseos de verlos escritos de mi puño y letra, sin sospechar siquiera que ya lo estuviesen en algunas revistas periódicas”. Y Pérez Rosales los complació reuniendo en un solo cuerpo las que llama “pocas memorias que me ha sido dado recoger, asignando a cada una de ellas su verdadero significado y la colocación cronológica que en el curso de mi vida les corresponde”, aclarando de paso el que llama “misterio”. Es decir, el origen del libro. Cuyo contenido debemos presumir a juzgar por las críticas que se le

han hecho a la veracidad histórica de algunos de los hechos narrados, no es del todo sincero. Y tal vez no podía ser de otro modo, no sólo porque las memorias son un género autocomplaciente y egocéntrico, además, porque el propio autor en una carta confesó: “En mi vida he mentado tanto”².

Pérez Rosales se excusa por la publicación de “la vida estéril de un simple individuo”. Pero como sus objetivos declarados fueron “combatir errores y reírme de ridiculeces propias y ajenas, para desterrarlas de mi patria”, además de “consignar en calidad de testigo presencial lo que éramos para mejor valorizar lo que somos, y lo que pudiéramos ser si hubiésemos sido menos remisos en seguir ejemplos dignos de ser imitados”, se consideró excusado por su atrevimiento de reincidir con la obra pues, como se deduce de sus palabras, creía estar haciendo un bien a sus paisanos³.

Resulta así que los *Recuerdos del pasado* aspiraban a un doble propósito, no incompatibles entre sí, pero a lo menos dispares y difíciles de alcanzar armónicamente en una sola obra. Pretendían ser la relación de memorias “aisladas” del protagonista para deleite de sus amigos, pero, y en tono edificante en ocasiones, buscaban también sacudir de entre los chilenos malas prácticas y enseñarles a aprender de los buenos ejemplos que Pérez Rosales había conocido gracias a sus viajes por el mundo. De este modo, mientras por una parte se disculpaba por dar a la prensa una vida “insignificante”, esa misma existencia era la excusa para corregir y enseñar a sus compatriotas.

Este último propósito, escribe el memorialista, explica que en sus recuerdos incluya sus aventuras en California, tras la quimera del oro, y su experiencia como

² Véase la misiva dirigida a Antonio Varas fechada en Burdeos el 17 de mayo de 1856 en su correspondencia en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional.

Gabriel Guarda, en su *Nueva historia de Valdivia* dedica un apartado, no por nada eufemísticamente titulado “Los enigmas de Pérez Rosales”, a las usurpaciones del agente colonizador, sus inconsistencias y contradicciones con la historia y con su correspondencia y otros escritos; en él alude también a sus mezquindades y exageraciones, enumerando de paso a los autores que las han advertido, refutado o explicado. Algunos de ellos son Guillermo Feliú Cruz, Arnold Bauer, Jean - Pierre Blancpain, Rolando Mellafe y Javier Pinedo. Isabel Cruz agrega nuevos antecedentes poco edificantes sobre Pérez Rosales citando, por ejemplo a Hernán Rodríguez y “el turbio asunto de su firma en los dibujos y cuadros del artista alemán Alexander Simon”.

³ Aspiración que muestra su cambio de opinión respecto de sus lectores pues, en 1858, en carta al presidente Manuel Montt desde Hamburgo y fechada el 14 de junio, y a propósito de su libro propagandístico *Ensayo sobre Chile*, no se mostraba muy optimista sobre la capacidad de sus compatriotas para aprender. Entonces, escribió: “Me habla usted de la obrilla que le dediqué, y piensa que podrá ser útil a mis mismos paisanos. No señor; mis paisanos cuando leen no entienden, y si entienden olvidan”. Véase su correspondencia en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional.

agente colonizador en las hoy regiones de Los Ríos y de Los Lagos. A través de ellos esperaba “exhibir ante los ojos de mis paisanos los portentosos progresos materiales e intelectuales que alcanza siempre la libre iniciativa individual”. Valorando de este modo el esfuerzo, la perseverancia, el empuje y la iniciativa que los colonos que las poblaron mostraron en ambas regiones y que él apreció como testigo presencial.

Cuatro años después, en 1886, en la realmente segunda edición del texto como libro, en el prólogo que compuso para ella, Vicente Pérez Rosales se excusa una vez más por ir a la prensa. Ahora explica que no fue su iniciativa, y que el responsable es Nataniel Miers Cox, un filántropo que decidido a ayudar a una obra de caridad en apuros, decidió reeditar su “juguete literario” y entregar el producto de su venta a las monjas beneficiadas. Confiesa “en verdad que al redactar los desaliñados apuntes que corren impresos con el nombre de *Recuerdos del pasado*, ni por acaso atravesó mi mente aquello de que ellos pudiesen servir para más calificado objeto” pues, en realidad, solo había buscado “manifestar, con la fuerza del ejemplo, el poder de la perseverancia, cuando luchando contra los ataques de la aviesa suerte, insiste el hombre en buscar el humano bienestar sin apartarse de los preceptos de la honradez ni desviarse de la senda del trabajo”.

Sin duda una confidencia curiosa si se toma en cuenta que el contenido de los *Recuerdos* ofrecen de todo, menos tal vez la perseverancia, en el sentido de constancia y sistematicidad de su protagonista en relación con sus quehaceres y actividades, que no por nada ha sido llamado el “hombre de los mil oficios”, y para el cual además la “suerte”, aunque sólo sea una forma de decir, ocupa un lugar tan central. Si ofrece muestras de su instinto de sobrevivencia, de su afán por procurarse, si no una situación, a lo menos los medios para llevar el día al día y conservar su vida, realidad que más que constancia o cualquier otra cualidad, es un impulso natural propio de la especie.

Como los recuerdos sólo cubren hasta 1860, tal vez no sobra señalar que Vicente Pérez Rosales, luego de su andariega vida, finalmente en 1859 regresó a Chile y se asentó como parte de la elite social, política y económica, asumiendo responsabilidades políticas como intendente de Concepción y después diputado y senador. Más tarde llegó también a ser Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, el gremio de los industriales, no sin antes, en 1861, a los 54 años, contraer matrimonio con Antonia Urrutia, una viuda y, vaya suerte para alguien que en más de una vez declaró no haber sido tomado en cuenta por la fortuna, rica. Con ella conviviría sin mayores contratiempos, como no fueran los de salud, hasta 1885 en que falleció su mujer.

Con no disimulada falsa modestia, Pérez Rosales refiere en su prólogo de 1886 que hasta el momento de decidir la entrega de su manuscrito a Miers Cox para los fines que hemos expuesto, el destino del mismo era pasar, junto a otros de sus escritos, a la Biblioteca Nacional donde, creía, “aumentarían el número de aquellos que yacen

olvidados en sus estantes”⁴. Entre las razones que le hicieron vencer la “repugnancia” que le provocó la petición de su amigo, estuvo la oportunidad de mejorar y ampliar su obra y, en especial, a juzgar por lo que se detiene en este punto, de “purgarla de los empachosos errores que nacen y corren en los boletines de los diarios”. Achacando a los “atropellos del cajista” y a la “impericia del corrector”, como a su ausencia, los errores y “falsos testimonios” que en ella se repetían, dando elocuentes ejemplos de ellos. Determinante había sido en su decisión, la posibilidad que se le ofreció de contar con el socorro de “atrevidos editores” para la nueva edición.

Sin duda Vicente Pérez Rosales no sólo se estaba refiriendo a Nataniel Miers Cox, sobre todo a su “querido amigo” Luis Montt, quien tuvo una activa y significativa participación en la preparación de la publicación. Al momento de la segunda edición de los *Recuerdos del pasado*, Montt se desempeñaba como director de la Biblioteca Nacional, institución en la que dejó una reconocida huella por sus iniciativas, entre otras, la creación de la Sección Manuscritos. Tal vez había sido a insinuación de éste que Pérez Rosales había decidido donar los suyos al establecimiento, noticia que a su vez provocó la iniciativa de Miers Cox de reeditar los *Recuerdos*. El asunto es que los tres tuvieron activa participación en la empresa editorial.

Pérez Rosales como autor de una obra que había ampliado y pulido, aunque no alcanzó a ver publicada en su nueva factura; Miers Cox como promotor conocido y financista de la edición; y Luis Montt como uno de los tantos que lo alentó a llevar a la prensa sus memorias, participó como revisor y corrector de los originales y pruebas, y terminó como presentador de la edición.

Con el regreso a la prensa de los *Recuerdos del pasado* se cumplían las predicciones de Benjamín Vicuña Mackenna que en 1882, en la presentación de la primera edición del libro, había escrito: “entendemos que la presente edición no es sino un ensayo, y por lo mismo en las sucesivas que de seguro habrán de venir, la lima de los correctores de pruebas acusará mejor los relieves del presente volumen”. Haciendo votos también “porque sea su propio autor quien perfeccione en todos sus detalles su múltiple creación”.

En su preámbulo Luis Montt escribe que había conocido a Pérez Rosales “en sus últimos años, en esa edad en que los recuerdos son la mitad de la vida”, y que “oyéndole con agrado sus reminiscencias, pues era conversador amenísimo, y tocándole nosotros siempre punto para que volviese a ellas, no fuimos poca parte para que al fin se resolviese a compaginar los recuerdos de su infancia con sus apuntes de cartera de años posteriores, y nos diese este libro”. Originado en el sencillo expediente de recordar, al relatar a sus amigos, hechos, actividades, encuentros, anécdotas y un

⁴ Javier Pinedo interpreta que la fingida modestia de Pérez Rosales, incluso su autoironía y burla de sí mismo, es una forma retórica de presentarse como modelo para los demás.

sinfín de situaciones por las que su autor había pasado a lo largo de sus viajes y en medio de sus múltiples quehaceres. Una vez devueltos a la memoria y referidos en, nos imaginamos, animadas tertulias y reuniones, no debe haber sido difícil pasarlos al papel. Como por lo demás lo hizo, pues algunos de sus relatos habían sido publicados en revistas literarias, como la *Revista de Santiago* y la *Revista Chilena*, antes de aparecer en *La Época*.

Junto con los datos entregados al pasar sobre el origen de los *Recuerdos* y su contenido, cuando no la forma en que se compusieron, anuncia que Pérez Rosales había dejado “varios otros escritos, de los cuales daremos noticia”, entre ellos una “obra miscelánea titulada el *Diccionario del entrometido*, del que sólo publicó fragmentos y que nos proponemos en estos días entregar por entero a la luz pública”.

Una carta de Vicente Pérez Rosales a Luis Montt, que se conserva entre su correspondencia existente en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, fechada el 8 de abril de 1886 (moriría el 6 de septiembre siguiente), refleja el papel de éste en la edición. Encabezada con un “querido amigo”, le cuenta que ya había entregado a Nataniel Miers Cox su manuscrito “corregido y considerablemente aumentado”, aunque con la “expresa condición de no publicarse ni una sola de sus hojas sin que antes no hubiese pasado por su vista de usted y merecido su visto bueno”⁵.

En la misiva, *ad portas* de ir a la imprenta su libro, vuelve a insistir sobre el escaso valor de su existencia cuando explica que tuvo que ceder a la petición que le hizo Miers Cox de un retrato y una biografía para acompañar la nueva edición. Para Pérez Rosales ambas cosas estaban demás pues, creía, “a nada conduce ni el aspecto del personaje que ha escrito, ni mucho menos la vida de un hombre que no exhibe hechos prácticos provechosos y por lo mismo dignos de ser imitados”. Separándose, como si otro hubiera vivido lo que relata en sus memorias, de los recuerdos que por otro lado daba una vez más a la prensa⁶. Una paradoja, un duro juicio sobre sí mismo que espera ser abordado por los estudiosos y que tal vez, la segunda parte de su existencia, la iniciada una vez concluidos los viajes y aventuras, en medio de un cómoda y sedentaria vida, había contribuido a forjar.

⁵ Marcelo Somarriva, en “El ingenioso Pérez”, sostiene que Luis Montt no sólo corrigió, también purgó pasajes del texto, en particular los referidos a las conquistas eróticas y los amoríos de Pérez Rosales.

⁶ Finalmente la edición de 1886 incluyó un grabado autografiado de Vicente Pérez Rosales. En él aparece sobrio pero distinguido, mostrando seguridad, incluso alguna conciencia de su relevancia como individuo en el desarrollo nacional. Tal vez proyectando la noción que la suya no era cualquier vida, y que merecía ser leída. No sabemos si fue el editor, Luis Montt o Pérez Rosales quien eligió esta representación.



Lit. P. C. 1869

Pury Rosales

Quizás los achaques y las enfermedades, que finalmente acabaron con su vida luego de una parálisis y largos días de dolor y agonía, fueron lo que impidieron a Pérez Rosales cumplir con los requerimientos del editor y expliquen que sea en la presentación de Montt, titulada “Don Vicente Pérez Rosales”, donde se ofrezca una breve reseña de la vida del memorialista. Un hecho no menor pues el ambiente, las circunstancias, la conmoción provocada por la situación de Pérez Rosales, sin duda deben haber contribuido a que el presentador, ponderando al autor, terminara afirmando que los “*Recuerdos del pasado* son, tal vez, el libro más original que hasta hoy ha producido la prensa chilena”. Reforzando, continuando la tendencia iniciada por Vicuña Mackenna, que se prolonga hasta el día de hoy y que ha visto en la obra y en su protagonista la encarnación de lo “criollo y nacional”; al “más chileno, más auténticamente chileno de nuestra historia literaria”; al “chileno que mejor condensó las grandes cualidades y los defectos de su raza, y que supo vaciarlos en la obra más original que hasta hoy ha producido el ingenio hispanoamericano”. Un verdadero “epítome de la chilenidad” y, por lo tanto, fundador de la nacionalidad⁷.

HACIA LA “GLORIA LITERARIA”⁸

La presentación de Luis Montt a la edición de los *Recuerdos del pasado* significó la consagración de un autor y su obra. Después de él, prácticamente todos los críticos, comentaristas, estudiosos y presentadores que se han ocupado de Pérez Rosales y sus libros, han repetido, con variaciones propias de cada época e intereses de los autores, lo esencial de lo asentado por los presentadores originales: Vicuña Mackenna y Montt.

Luis Montt abre su texto recordando a los lectores que Vicente Pérez Rosales, al igual que Cervantes con su “dedicatoria postrera en su historia del hidalgo de la Mancha, puesto también el pie en el estribo”, es decir al borde de la muerte, “firmó el prólogo de esta tercera y aumentada edición de sus *Recuerdos*”, poniéndola “bajo nuestro cuidado para la corrección de pruebas y consiguiente presentación al público”. Una entrada que no sólo por la comparación sino que también por las circunstancias que refería, tal vez, buscaba provocar al lector, atraer rápidamente su atención. Aunque a continuación aclara que no es su propósito “recomendar una obra de todos conocida” a raíz de las dos ediciones sucesivas de 1882, reflejando de paso que el “todos” equivalía a la sociedad de Santiago, al grupo al que él, como Pérez en vida, pertenecía.

⁷ Todas las citas tomadas del prólogo de Somarriva ya mencionado, en él se identifican los autores de ellas. El carácter fundacional de la obra lo recuerda y refuerza este prologuista, incluso aludiendo a Benedict Anderson y su conocido *Comunidades imaginadas*.

⁸ La expresión es de Guillermo Feliú Cruz y se encuentra en su ensayo crítico sobre Pérez Rosales, p. 105.

Mostrando así también lo estrecho, aunque selecto, del círculo de lectores existente entonces, los verdaderos destinatarios del elogio de uno de los suyos.

Como el propósito de su escrito no era hacer la apología del texto, “que no necesita”, sino que “contraernos a completarla en parte, apuntando algunas fechas omitidas”, se concentró en ofrecer una biografía de Pérez Rosales. Lo que nos resulta contradictorio con todos los antecedentes, en realidad impresiones y opiniones de los que se han ocupado de él y su obra, según las cuales Pérez Rosales era una personalidad de su época, ampliamente conocido por “todos”. Tal vez la explicación pueda ser que como los *Recuerdos* son más memoria que autobiografía, se viera en la obligación de hacerlo. Necesidad que por lo demás, como mencionamos, el financista de la edición, Nataniel Miers Cox, también consideró cuando le pidió a Vicente Pérez Rosales una reseña biográfica.

Junto a las fechas y acontecimientos esenciales de la existencia del biografiado, Montt, como antes Vicuña Mackenna, y después muchos otros, va sembrando adjetivos a lo largo de su texto que le sirven para caracterizar a su “modesto” autor. Escribe que siendo hijo de una familia opulenta, sufrió grandes contrastes de fortuna, deportado por incorregible, tuvo una vida de aventuras y experimentó episodios patéticos. Una verdadera odisea iniciada cuando muchacho, que no le ahorró sufrimientos, y que sólo concluyó en edad madura. Para fundar la representación de la vida que ofrece refiere los avatares de la familia del biografiado durante la Independencia, los sufrimientos experimentados, su virtual deportación a los 14 años, su viaje a Europa, las personalidades que conoció, su regreso a Chile y los numerosos oficios y actividades que desempeñó y emprendió, como contrabandista, minero, agricultor y empresario teatral, entre muchas otras. Siempre en movimiento, por todo Chile, por las pampas rioplatenses, por California, México y de nuevo en Chile. “Y en todas partes la adversa suerte o le esquivaba el cuerpo, o él se empeñaba en encontrarla donde no había de estar”. Lo que sin embargo, advierte Luis Montt, no pudo “quebrarlo”, levantándose de “cada golpe con más brío”.

Establecido en Chile, luego de padecer la fiebre del oro que lo llevó a California, informa el biógrafo, Vicente Pérez Rosales pone su “experiencia en provecho de su patria” y acepta en 1850 el ofrecimiento de transformarse en agente de la colonización del sur. Puesto que requería, interpreta Montt ponderando a su biografiado, “un hombre de mundo, de carácter flexible y de miras levantadas, que pudiera extender la vista sobre el estrecho horizonte en que las preocupaciones nacionales y religiosas querían ahogar esa obra patriótica”. Afortunadamente para Chile, el “agente venció con su constancia todas las resistencias que se presentaron” concluye Montt, invitando a los lectores, coercionándolos prácticamente en virtud de los elogios que prodigaba a Pérez Rosales, a leer “las páginas de este libro en que su autor nos refiere las exploraciones que hizo en busca de campos donde instalar a los extranjeros”. A continuación enumera algunos de los hechos más sobresalientes de tan señalada empresa, entre

ellos la travesía por la selva impenetrable, el cruce del lago Llanquihue y la ascensión del volcán Osorno, todos aptos para excitar la imaginación, estimular a los espíritus deseosos de aventuras y contentar a quienes veían en los avatares y fatigas del agente colonizador una página más del esfuerzo nacional por poblar el territorio y dominar los elementos de la naturaleza.

Montt continuó su objetivo de exaltación de Vicente Pérez Rosales y su obra agregando que en medio de la tarea “de entregar al dominio de la industria los territorios del sur”, éste partió a Europa con el título de agente colonizador y cónsul de Chile en Hamburgo. Y que ahí prosiguió con su ingente obra de popularizar Chile publicando un ensayo sobre el país, responder a quienes lo desacreditaban y entusiasmar a nuevos colonos. Ganando de paso amigos como Alexander von Humboldt, una relación que lo prestigiaba ante el mundo intelectual y científico.

La reseña biográfica se cierra con el protagonista regresando a Chile para hacerse cargo de la intendencia de Concepción en 1859 y el inicio de su tránsito hacia una vida más sedentaria que, junto con el matrimonio, lo transformaron en diputado, senador y fundador de la Sociedad de Fomento Fabril. Solo la postración de su cuerpo y la muerte, refiere Montt, lograron “que su espíritu lo abandonara”.

Para el prologuista se trataba de una existencia llena de incidentes en su primera mitad, “ora terribles, ora cómicos”; útil después, consagrada a una obra que colocaba a Pérez Rosales “entre los hombres benéficos que ha tenido este país”; tranquila y holgada hacia el final, “rodeada de respetos, como indemnización de aquellas peripecias y en premio de estos servicios”. Y, justamente, “la historia de esa vida en sus accidentes principales es el argumento de estos *Recuerdos*” remata, para pasar a evocar como amigo y recordar que fue uno de los que lo estimuló a escribir la obra que el lector tenía en sus manos. Los *Recuerdos del pasado*, escritos según Montt “al correr de la pluma sin pretensión literaria alguna” pues eran la recuperación de reminiscencias que lo amigos oían con agrado ya que, asevera, Pérez Rosales “era un conversador aménísimo”. El resultado de una vida, un libro, “tal vez el más original que hasta hoy ha producido la prensa chilena”.

La presentación de Montt, en tanto homenaje a “Don Vicente Pérez Rosales”, como la tituló, se organizó sobre la base de exaltar la vida del biografiado para estimular la lectura del libro que daba cuenta de ella. Haciendo de ambas un solo elemento, aun cuando el texto no refería a la totalidad de la existencia de Pérez Rosales, recordemos que abarca entre 1814 y 1860, y que tampoco alude a muchos de los sucesos de ésta en el periodo indicado, lo cual es lamentado por el prologuista. Las circunstancias en que fue escrita la presentación tal vez expliquen el contenido y su tono.

Vicente Pérez Rosales está agonizando en 1886, de hecho muere entre que recibe las pruebas de imprenta y se publica el libro. La edición está destinada a un fin altruista y el autor ha decidido donar sus manuscritos a la Biblioteca Nacional, de la cual el prologuista es el Director. Son todos elementos, se puede interpretar, que deben

haber creado un clima, una disposición emocional particular, disponiendo, obligando, queriendo, el presentador transformar su texto en homenaje al que, además, fue un amigo querido. Un amigo que atendió a los consejos de sus cercanos, entre ellos Luis Montt, de publicar recuerdos de su particular existencia para el Chile de entonces y, también, para los integrantes de la clase social de la que formó parte.

Una vida, la de Pérez Rosales, azarosa hasta 1859, de aventuras y alternativas dispares, sacrificios, derrotas, triunfos, empresas fallidas, iniciativas exitosas. La de un hombre andariego, como él caracterizó a los chilenos, colocándose asimismo como modelo, para quienes “las distancias no son distancias”, y a los cuales nadie “disputa la palma de la actividad, del arrojo y del trabajo”. Una vida que se presenta al servicio de Chile, de un hombre, un chileno como pocos que además viajó y viajó, y no temió alejarse del terruño, ya fuera por necesidad e iniciativa personal o como representante del Estado. Aunque fue feliz, inmensamente feliz, cada vez que regresó pues, como escribió al final de sus recuerdos, “nada hay que sea más grato al corazón del hombre que el momento en que se llega de una lejana tierra al patrio suelo”. Situación que él vivió en muchas oportunidades, la última de las cuales lo llevó a exclamar a su regreso de Europa: “por quinta vez tuve en mi vida un momento de completa dicha, ¡el de mi llegada!”. Hasta entonces, asegura, “faltábanme mis tiernas afecciones; faltábame el sol de mi querida patria”.

Patria que al momento de publicar Pérez Rosales sus *Recuerdos* en abril de 1882, hacia el final de la Guerra del Pacífico, vive un clima de satisfacción y orgullo por los triunfos militares alcanzados en territorio extranjero. Todos protagonizados por el pueblo, el peón chileno, el mismo que Vicente Pérez Rosales alababa en sus memorias, y del cual él se sentía parte, si no en su condición social, sí en lo relativo a sus características, y también en lo “altanero y orgulloso” que se mostraba cuando estaba fuera del país.

¿Acaso su texto no relataba las venturas y desventuras de un “roto chileno” como muchos? Como esos que todavía permanecían en Perú. ¿Acaso no había sido por eso que Benjamín Vicuña Mackenna lo había presentado y ponderado como un libro “criollo y nacional”? Tal vez por estos motivos es que el éxito del libro fue grande e inmediato. ¿Satisfizo su lectura por la sensación de virilidad que de sus páginas exhalaba, como lo expresó Raúl Silva Castro, señalando que era “la historia de una vida heroica”?⁹. Aparecido además en un momento particular de la historia nacional, cuando

⁹ La cita de Raúl Silva Castro, en su artículo “Pérez Rosales y los ‘Recuerdos del pasado’. La nueva edición”, publicado en *El Mercurio* el 10 de mayo de 1929. En la sección Referencias Críticas de la Biblioteca Nacional se encuentran los originales, en más de una versión, y los textos publicados por este ensayista, escritor e influyente crítico literario sobre *Recuerdos del pasado*. Salvo uno, no están fechados y tampoco aparece la fecha de su aparición en la prensa.

el país se encontraba muy bien dispuesto a aprobar una caracterización edificante de los elementos que daban forma a la nacionalidad y a acoger las epopeyas pretéritas de sus hijos. El orgullo nacional inflamado por la historia reciente, con la aparición de los *Recuerdos del pasado* encontraba en el libro antecedentes exaltados, hasta el delirio, del patriotismo; reflejándose en el texto como en un espejo que mostraba sus formas más características. Entonces la nación se sintió glorificada, halagada, incluso en sus vicios y defectos, los que bajo la pluma de Pérez Rosales aparecieron como épicos pues, en definitiva, no eran más que resultado del espíritu aventurero, atrevido, desafiante, del chileno cuando las dificultades lo retaban.

Cuando la patria necesitaba, quería, buscaba, ser arrullada luego del esfuerzo bélico, que no por exitoso había dejado de ser doloroso, aparece una obra que, según Alone, permite sostener que “ninguna república hispanoamericana ha sido tan amorosa y bellamente acunada en su nacimiento como la patria de Pérez Rosales”¹⁰. Una obra que además ofrecía un “heroísmo civil”, que se considera “recomendable y que siempre conviene proponer de modelo a la juventud”, como lo expresó Raúl Silva Castro muchos años después de su publicación en *El Mercurio*, pero que también puede aplicarse al Chile de la post Guerra del Pacífico¹¹.

El papel de Luis Montt en la promoción de los *Recuerdos del pasado* y su posterior transformación en ícono de la nacionalidad y símbolo de la chilenidad, “el más famoso libro de nuestra literatura moderna” como lo calificó Silva Castro, es determinante por, a lo menos, dos razones: primero porque su escrito ofrece la exaltación de su autor, amparada por su prestigio y funciones; pero también porque luego de la primera presentación de “Don Vicente Pérez Rosales”, como nombró su texto en 1886, ésta se reeditó en 1887 en el *Almanaque de la Libertad Electoral para los suscriptores*, y en las siguientes tres reediciones de los *Recuerdos*, las que se hicieron en 1910, 1929 y 1930; antecedente que, sostenemos, le dio a sus conceptos una exposición e influencia decisivas, que se mantiene hasta la actualidad¹².

Especial importancia tiene la edición de 1910, que se realizó como parte de la *Biblioteca de Escritores de Chile* que, con motivo del Centenario de la Independencia,

¹⁰ Véase la “Crónica literaria” de Alone en *El Mercurio* del 19 de septiembre de 1971.

¹¹ Como ha explicado William F. Sater en su libro *La imagen heroica de Chile. Arturo Prat, santo secular*, donde agudamente muestra la formación de la imagen heroica del marino, entre 1886 y 1888 las tradiciones guerreras de Chile fueron exaltadas a través de Prat. Esos años en particular pues corresponden a la inauguración del monumento naval a los héroes de Iquique en Valparaíso y al traslado de los restos de éstos a dicho monumento.

¹² El texto volvió a reeditarse como “Nota biográfica sobre Vicente Pérez Rosales por Luis Montt”, en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* número 12 de diciembre de 1931, y en otras ediciones de los *Recuerdos* editadas en 1943, 1949, 1970 y 1979, aunque en la de 1943 no se señala su autoría.

promovió el Estado. La impresión de 3.000 ejemplares, su distribución en todas las bibliotecas públicas y establecimientos de enseñanza fiscales del país, como en las representaciones de Chile en el extranjero, además de academias e instituciones científicas y sociedades obreras, junto a su venta a precio de costo, le garantizaron a los conceptos del prologuista del libro un alcance e impacto, sin duda, amplio y eficaz, que favoreció la trascendencia de los *Recuerdos del pasado* y de su autor, devenido de este modo en representación de la nación.

Contribuyó también al éxito del libro, como lo permite deducir el artículo de Raúl Silva Castro ya citado, que las ediciones del siglo XX comienzan a publicarse cuando Chile está iniciando la colonización de la región de Aisen y, una vez más, se discutía sobre la conveniencia o no de la inmigración. Dos temas respecto de los cuales los *Recuerdos del pasado* ofrecen provechosas enseñanzas, como afirmó el crítico y estudioso de la literatura nacional. También que la obra formara parte de colecciones importantes, como la *Biblioteca de Escritores Chilenos* que la empresa editora Zig-Zag inició en 1943. En ésta se la colocó como el primer volumen de la serie, por ser “la más clásica de la literatura chilena”, se incluyó el ponderativo prólogo de Luis Montt y, por último, pero fundamental, se la promocionó con la opinión que sobre ella había dado Miguel de Unamuno. En el texto de la solapa uno de la edición que reseña la obra y resalta la personalidad de Pérez Rosales, al final, se advertía al público: “Conviene recordar que cuando a don Miguel de Unamuno le pidieron su opinión sobre nuestra literatura, la censuró con acrimonia, pero hizo una excepción del libro que ponemos en las manos de los lectores. En efecto, en aquella ocasión el gran escritor español no pudo menos de confesar que *Recuerdos del pasado* era una de las obras más amenas y de positivos méritos literarios que había leído”¹³. Más allá del afán propagandístico de los editores, es obvio que al título se le endosaba un papel absolutamente protagónico en el desenvolvimiento literario nacional, incluso reafirmado por autoridades de las letras extranjeras.

Alone, Hernán Díaz Arrieta, el crítico que durante gran parte del siglo XX modeló el gusto literario de los lectores chilenos, resumió en la presentación a unas de las tantas ediciones de los *Recuerdos* lo que éste representaba¹⁴. En su “Reseña de

¹³ Habría sido Luis Montt quien, en 1904, hizo llegar un ejemplar de los *Recuerdos del pasado* a Unamuno (Arancibia Clavel, 140).

¹⁴ Sobre Alone, en internet se puede leer: “Trabajó para *La Unión*, *El Imparcial* y *El Diario Ilustrado* pero su “Crónica Literaria” primero en *La Nación* y luego en *El Mercurio* (1939-1978) fue sin duda su tribuna por excelencia. De prosa amena y fluida, Alone cultivaba principalmente un estilo y defendía la calidad de la escritura ante todo. Es por eso que algunos lo han calificado como el mejor prosista que Chile ha tenido. Desde su crónica pontificaba, descubriendo autores nóveles o condenando a quienes no le parecían merecer el aprecio de la opinión pública. Su poder llegó a ser tal (y duró tanto tiempo) que un libro se vendía o no de acuerdo al

la historia cultural de Chile” que encabeza la edición de *Recuerdos del pasado* publicada por W.M. Jackson Inc. en Buenos Aires en 1946, al aludir a los memorialistas nacionales, señala a Pérez Rosales como “el modelo insuperable” y califica su “obra la más chilena de las obras chilenas”, por su “gracia espontánea, inimitable y el aire de abandono con que narra la vida” pues, sostiene, carecía de vanidad”. Pero también porque su autor, habiendo nacido aristócrata, poseía rasgos del pueblo, era positivo y realista, nada de soñador ni sentimental y le gustaba salir a rodar tierras. Destaca también su imparcialidad ideológica, en una época de divisiones y luchas como la segunda mitad del siglo XIX, asegurando que ella, más su prescindencia política, “han contribuido mucho a conservar a su obra un aire de permanente frescura”¹⁵. Años más tarde, en otra edición de los *Recuerdos*, ahora en un texto íntegramente dedicado al libro y su autor, agregaría concluyendo su presentación, aunque afianzando el valor de la obra: “fue don Miguel de Unamuno quien, desde Salamanca, le asignó su verdadera categoría, declarándolo el mejor libro chileno”¹⁶.

juicio de Alone”. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Hern%C3%A1n_D%C3%ADaz_Arrieta, pero también [\(1891-1984\)](http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=hernandiazarrieta(alone)), donde se encontrarán conceptos similares. Ambas consultadas el 18 de marzo de 2013.

¹⁵ Una interpretación atendible respecto de la obra, pero que habría que confirmar o no respecto de su autor quien fue intendente, diputado y senador, y por lo tanto se puede pensar que participó activamente en la vida política nacional y, como se puede apreciar en su correspondencia, hizo uso como autoridad de las prácticas políticas propias de su época, entre ellas, el acoso de los opositores al gobierno del que formaba parte.

¹⁶ Las versiones sobre el juicio de Unamuno son todas diferentes. En el *ABC* de Madrid del domingo 4 de septiembre de 1964, por ejemplo, Luis Calvo alude a Pérez Rosales como a “uno de los más puros y despejados escritores de habla castellana, de quien nos decía Unamuno que era el autor del mejor libro en castellano del siglo XIX. *Recuerdos del pasado*”.

La única referencia documentada que conocemos de Unamuno al texto de Pérez Rosales la hallamos en “Algunas consideraciones sobre literatura Hispano-Americana. A propósito de un libro peruano” (Unamuno, 89). En este ensayo publicado en 1905, aludiendo a Domingo Faustino Sarmiento y a su uso de la lengua castellana, Unamuno cita a Pérez Rosales, el capítulo XI de los que califica “sus interesantísimos y amenísimos *Recuerdos del pasado* (1814-1860)”.

Basta una rápida ojeada por el tomo dedicado a *Las letras de América y otras lecturas* de las *Obras completas* de Unamuno para advertir que habiendo tenido muchas oportunidades de ponderar y relevar los *Recuerdos del pasado* no lo hizo, y prefirió citar otros libros y autores para aludir a la calidad de la producción intelectual chilena, latinoamericana e hispanoamericana que conoció. Un escritor chileno que lo trató, relata que le habría manifestado que “en Chile se han hecho un libro muy bueno y otro muy malo”, y ninguno de los dos es de Pérez Rosales (Rojas Giménez, 100). Mostró en cambio gran admiración por los *Recuerdos*..., los *Recuerdos*

En este texto, que a partir de 1954 formaría parte de su *Historia personal de la literatura chilena*, Alone asentó, literalmente en las primeras líneas y con autoridad: “Rara vez se habrá dado tal compenetración de un hombre, un libro y un país, como la que hay entre Pérez Rosales, sus *Recuerdos del pasado* y Chile: cada uno está en el otro y resulta imposible nombrar a cualquiera sin aludir a los demás. Los tres, aglutinados, forman un solo ser, con el mismo carácter y análogo desarrollo”. La consagración había concluido¹⁷. Los *Recuerdos del pasado* de Vicente Pérez Rosales quedaban así indisolublemente ligados a Chile. Disminuir su posición como símbolo, como con todos los emblemas patrios, sería menoscabar la nacionalidad. Un acto prácticamente imposible en una sociedad que ha hecho de su historia y de las características de su identidad una condición de supervivencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Alone. “Crónica literaria”. *El Mercurio*, 19 de septiembre de 1971.
- . *Historia personal de la literatura chilena*. Santiago: Zig-Zag, 1954.
- Arancibia Clavel, Patricia. “Unamuno y Chile”. *Academia* 12 (1985): 109-163.
- Boletín de la Biblioteca Nacional*. Año IV, N°12, diciembre de 1933.
- Cruz de Amenábar, Isabel. “Insolente incursión gráfica”. Vicente Pérez Rosales. *Diario de un viaje a California. 1848-1849*. Santiago: Tajamar Editores, 2007. 36-52.
- Feliú Cruz, Guillermo. “Ensayo crítico sobre Vicente Pérez Rosales”. Vicente Pérez Rosales. *Diccionario de “El entrometido”. Sueños que parecen verdades y verdades que parecen sueños*. Santiago: Editorial Difusión S.A., 1946. 7-114.
- Goic, Cedomil. “Vicente Pérez Rosales (Santiago, 5 de abril, 1807-1886, 6 de septiembre, Santiago). Cronología Bio-bibliográfica”. *Anales de Literatura Chilena* 8 (diciembre 2007): 219-229.
- Guarda, Gabriel. *Nueva historia de Valdivia*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2001.
- Historia ilustrada de la literatura chilena*. Santiago: Zig-Zag, 1984.

de provincia, y por su autor, Domingo Faustino Sarmiento, a quien calificó como uno de sus autores preferidos.

¹⁷ La *Historia personal de la literatura chilena* de Alone, una obra fundamental, aunque objeto de polémica por sus juicios, inclusiones y omisiones, se constituyó sin embargo en una guía imprescindible para el conocimiento de la producción intelectual nacional. Muestra de su valor es que en 1984 fue reeditada, ahora como parte de la *Historia ilustrada de la literatura chilena* de la editorial Zig-Zag, en una edición masiva y popular que a través de fascículos apareció semanalmente hasta completarse, volviendo así Alone a la circulación y a influir con sus opciones literarias.

- Huneus, Cristián. “Pérez Rosales: Palabra y aventura”. *Mensaje* 165 (diciembre 1977): 722-724.
- Mellafe, Rolando. “Introducción”. Vicente Pérez Rosales. *Ensayo sobre Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1986. 13-32.
- Montt, Luis. “Don Vicente Pérez Rosales”. Pérez Rosales, Vicente. *Recuerdos del pasado*. Santiago: Imprenta Gutemberg, 1886. V-XX.
- . “Vicente Pérez Rosales. Rasgos biográficos”. *Almanaque para 1887 de La Libertad Electoral*. Santiago: Imprenta de la Libertad Electoral, 1887. 57-61.
- Loveman, Brian. “Introduction”. Pérez Rosales, Vicente. *Times Gone by Memoirs of a Man of Action*. United States of America: Oxford University Press, 2003. XVII-XXXII.
- Pérez Rosales, Vicente. Correspondencia. Sala Medina Biblioteca Nacional.
- . Referencias Críticas. Biblioteca Nacional.
- . *Recuerdos del pasado*. Santiago: *La Época*, 1882.
- . *Recuerdos del pasado*. Santiago: Imprenta Gutemberg, 1886.
- . *Recuerdos del pasado*. (1814-1860). Santiago: Imprenta Barcelona, 1910.
- . *Recuerdos del pasado*. (1814-1860). Santiago: Zig-Zag, 1943.
- . *Recuerdos del pasado* (1814-1860). Buenos Aires: W.M. Jackson Inc. Editores, 1946.
- . *Recuerdos del pasado*. (1814-1860). Santiago: Gabriela Mistral. 1957.
- . *Times Gone by Memoirs of a Man of Action*. United States of America: Oxford University Press, 2003.
- . *Recuerdos del pasado*. Santiago: Ediciones B, 2006.
- Pinedo, Javier. “Concepción del pasado en un relato autobiográfico chileno del siglo XIX”. *La invención de la memoria*. Jorge Narváez (compilador). Santiago: Pehuén Editores, 1988, 71- 89.
- Rojas Giménez, Alberto. *Chilenos en París*. Santiago: Editorial Universitaria, 2003.
- Sagredo Baeza Rafael. “La independencia de Chile y sus cadenas”. *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*. Marco Palacios (coordinador). Bogotá: Editorial Norma, 2009, 209-246.
- Sater F., William. *La imagen heroica en Chile. Arturo Prat, santo secular*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005.
- Silva Castro, Raúl. “Pérez Rosales y la elaboración literaria”. Referencias Críticas. Biblioteca Nacional.
- . “Pérez Rosales y los *Recuerdos del pasado*”. *El Mercurio*, 10 de mayo de 1929.
- . “Crónicas de Letras. *Recuerdos del pasado*”. Referencias Críticas. Biblioteca Nacional.
- Somarriva, Marcelo. “El ingenioso Pérez”. Vicente Pérez Rosales. *Recuerdos del pasado*. Santiago: Ediciones B, 2006.
- Unamuno, Miguel de. *Algunas consideraciones sobre la literatura Hispano-Americana*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina S.A., 1947.

–. *Obras completas. Letras de América y otras lecturas*. Madrid: Vergara Editorial, tomo VIII, 1958.

Vicuña Mackenna, Benjamín. “Una palabra de justicia”. Pérez Rosales, Vicente. *Recuerdos del pasado*. Santiago: La Época, 1882. III-V.